

REQUIEM IMPIO

POR CARLOS REYLES

Estoy, desde hace algún tiempo, trabajando con intermitencias sobre la vida y la obra del escritor uruguayo Carlos Reyles (1868-1938). Y bien: éstas son las páginas que nunca escribiré sobre Carlos Reyles. Integran esa índole de reflexión sobrante y sin empleo que acomete tan a menudo a un escritor, mientras está documentándose para restaurar la vida de otro.

Todo hombre deja —consciente o subconscientemente— claves para ser entendido a distancia. No por una explícita voluntad de ser póstumo, sino por una fuerza insensible de afirmación a la que ni siquiera podría tacharse de narcisismo. En todo caso, sin cierto narcisismo de la propia soledad y un presupuesto solipsista acerca de la anchura de esa soledad, es imposible entregarse de cuerpo y alma a una tarea tan ímproba y devoradora como la de escribir.

En vida y posteridad, ha rodeado a Carlos Reyles la fama de su arrogancia y de su antipatía. Incluso en la motivación de un libro pequeño, recoleto y encantador, que se escribió hace años (*La conversación de Carlos Reyles*, de Gervasio Guillot Muñoz) prevalece el propósito de deflacionar la aureola de tan ríspidos méritos.

Y la verdad es que Reyles produjo —a lo largo de casi setenta años— gestos y obras paladinamente antipáticos. En *El gaucho Florido* confiesa que desde

niño lo impacientó quedarse con los campos de su padre. Cuando éste murió, Carlos Reyles, el adorado Carlos Reyles —a quien las muertes de sus hermanos niños y la de su propia madre, habían convertido en sucesor único del pionero rural Carlos Genaro Reyles— se vio dueño del mundo que cubría y de la Europa con que socaba. Es fama que contempló pasar, desde la puerta de una pulpería, sin sumarse a él, el cortejo fúnebre de su padre. Los veinte años, esbozó de su progenitor una imagen diminutaria y malqueriente, en *Por la vida*, novela precoz y mala (*mauvaise et méchante*). Muchos años más tarde se aplicó a requisar y secstrar de todos los anaqueles, incluidos los de la Biblioteca Nacional. Peleó con albaceas y tutores que robaban su patrimonio, disputó con ellos y con el mundo, se defendió solo y se quedó solo, como el Colegio Hispano-uruguayo lo había hecho con ocasionales compañeros de infancia.

Más tarde, escribí libros agresivos (como su novela *La raza de Caín*, exaltación del dinero y de la fuerza, o como *La muerte del cisne*, sosteniendo el ensayo las mismas convicciones vitalistas, autoritarias y utilitarias libradas diez años antes a aquella novela). Dijo discursos emprendedores y antipáticos, como los de su implantación ruralista; o serenos y antipáticos, como el de trémulo odio anticonformista que en 1937, a pretexto de la visita de Graciano Marañón, profirió contra la República Española.

En cuanto hacedor rural, concibió obras visionarias que sólo pueden haber sido simpáticas a su propia ambición. Cuando, tras años y años de viajes a Europa, dilapidaciones y arrogancias, volvió al país —pobre, solo y viejo—, seguía siendo el hombre de corteza áspera, altanero e inamistoso, el violento siempre.

Vivió para sus mitos y acabó desmantelándose uno a uno. El dinero no lo juntó él. Lo recibió de su padre, lo gastó pródigamente, dejó que descocaran los hijos suyos se lo derrocharan y en definitiva se quedó sin él. La amistad la practicó de un modo que, aunque formalmente espléndido, era (en el fondo) rapaz y posesivo, sin entrega propia: sus amigos hicieron escribir favorable o al menos cuidadosamente acerca de él, pintarlo mucho más alto y garboso de lo que era, contribuir a la estampa energética que cultivó y divulgó de sí. El amor lo tuvo y, en una dimensión más recóndita y desinteresada, lo apartó mal y lo dejó atrás: el de su mujer Antonia Larro, el de Suzanne Niéris. Corrió en cambio esquivamente tras él cuando fue fama, emulando la majeza y rumbo; y aquí a veces perdió, en las relaciones desiguales (prefería no hablar de La Bella Oros que le había sido disputada por príncipes).

El orgullo, finalmente, lo administró con el rigor y la devoción que merecen sentimientos mejorados. Por él llegó a matar, por él llegó a quedarse solo.

él llegó a distanciarse de gente que lo quería, por él escribió libros candorosamente metecos o anacrónicos, por él posó para su busto y ofreció su propia diestra escritora al molde de yeso...

Mario Benedetti escribió una vez sobre Reyles páginas ácidamente hostiles (*Para una revisión de Carlos Reyles*, en 1950, con ocasión de que la revista *Número* rememorara, a medio siglo de distancia de su hito convencional, a la Generación del Novecientos). Sostuvo allí que la imagen que se levanta de la obra entera de Reyles, lo que Orwell llamó el rostro tras la página, es inatrayente y desagradable. Y le reprochó no ser siquiera decididamente desagradable. Porque Reyles —dijo— no tuvo ni aún el coraje de llegar al último extremo de sus ideas y creencias (él, que alguna vez dijo jactanciosamente "Yo vivo mis ideas"), el valor intransigente de quemar sus naves.

He sentido la injusticia de esta recapitulación un tanto maniqueísta, al tiempo que sopesaba los innumerables elementos corroboratorios de que podía alimentarse y asirse. Y al volver sobre las delgadas páginas de Guillot Muñoz he sabido por qué. Es que hay (o hubo) un Reyles más patético, débil y desvalido que aquél que él mismo se obsesó en propagar y Benedetti —cayendo en la óptica de tal proselitismo personal— le tomó en cuenta. Hay o hubo un Reyles que no se armó ni abroqueló nunca conscientemente, como el otro de frac que posó para Zuñiga o el de clámide que posó para Gervasio Furest Muñoz, un Reyles que no se retrató *artísticamente* entrelazando sus piernas en los barandales de El Charrúa, un Reyles que no espetó iracundos y temblorosos discursos sino largas conversaciones apasionadas e íntimas (monologando ideas, defendiendo prejuicios insostenibles) con su voz pequeña y cascada pero con una elocuencia mejor que la de su pluma, menos deliberada y engolada, en la casa de un amigo a quien dejara perdidas visitas de horas y horas, hasta la madrugada.

El Reyles oficial y estatuario es —por supuesto— el otro. El que no tolera críticas, el que literalmente hace que un gacetillero mastique y trague el papel que imprime su propio juicio, mientras él monta guarda y promete la agresión como alternativa, el que disuade y silencia a los insolentes y denredatorios dandies literarios Herrera y Reissig y Roberto de las Carreras, avisando que los matará como a perros si se meten con él; el que se queda solo, el que disputa, el que prefiere colocar su vanidad a distancia y no su fuego más cerca.

Pero ese otro Reyles que conoció y retrató en su libro Gervasio Guillot Muñoz (y toda la familia Muñoz asiló a ese Reyles gastado, empobrecido y senil: los mellizos Alvaro y Gervasio Guillot Muñoz escribiendo ensayos sobre su obra y propulsando un número completo de la revista *La cruz del sur*, que

tienta su jubileo contra la indiferencia mayoritaria, Elena Muñoz dedicando un poema a su semblanza, Eugenio Petit Muñoz postulando para él la cátedra paralela de conferencias, Gervasio Furest Muñoz modelando su busto gallardo e imperial, con la insinuación de una túnica romana y el alto perfil aquilino), ese otro Reyles que es el reverso del potentado triunfante, existió siempre y es posible rastrearlo en su obra, desde los primeros tiempos hasta la acosada vejez prematura. Es el impetuoso Ribeiro que detesta a los estólidos ricachos Benavente en *Beba*, de 1890, el libro más luminoso y simpático de Reyles. Es el fatigado Julio Guzmán de *El Extraño*, héroe decadente impregnado en citas de Baudelaire y en derrotismo erótico. Es el inepto y sommambúlico Tacles de *El terruño*. Es el ajado y pauperizado Pepe Arbiza de esa lamentable novela póstuma, *A batallas de amor... campo de pluma*.

Ángel Rama vio una vez con perspicacia (en un prólogo a *El terruño*) que hay personajes que pagan tributo a la *situación* Reyles (los plutocráticos Crocker de *La raza de Caín*, Mamagela en *El terruño*, Don Fausto en *El gaucho Florido*) y otros que rinden un tácito homenaje a la *persona* Reyles: los que nombré antes, algunos otros.

Es claro que esa persona Reyles, invisiblemente mejor que su fastuoso y dilapidado destino, no fue querida ni fomentada por el propio Reyles; se obsesó en barrerla con sus ideas, con sus destemplados prejuicios, con sus mitos y cristalinas engañifas e imposturas de viejo.

Cuando en 1930, a los sesenta y dos años de edad, regresó al país, tras haberlo representado en los boatos de la Exposición de Sevilla (hijo dilecto de ella, autor de *El embrujo*) Carlos Reyles era una celebridad *figée*, sin ninguna vigencia operativa en la gente. Unos pocos lo rodearon con un afecto que, como a regañadientes, él toleraba y dejaba resbalar, sin agradecer. Paco Espínola le dedicó —en 1933— *Sombras sobre la tierra*. Para ayudarlo, se le encomendó dirigir una *Historia sintética de la Literatura Uruguaya*, conmemorativa del centenario institucional del país; fue un bodrio capitoso que hoy nadie recuerda, en tanto se sigue manejando y consultando el *Proceso Intelectual del Uruguay*, de Zum Felde, notablemente superior a la digitación plural que regentó Reyles. Se le otorgó una Cátedra de Conferencias momentáneamente abandonada y en seguida vuelta a pedir por Vaz Ferreira. La *intelligentsia* uruguaya estaba contra la dictadura de Gabriel Terra, rodeaba a Vaz Ferreira, cauto opositor, y abandonaba a Reyles, tardío situacionista. El escritor fue sensible a ese escrutinio adverso, más emocional que intelectual, y dejó paso —con cierta negligente y hurraña magnanimidad, que la vida no le había dejado gastar del todo— a su ocasional contrincante, que tampoco había sido nunca su amigo.

El gobierno le ofreció la presidencia del Sodre, instituto de cultura musical del Estado. Desde ella, disputó con otros, renunció, volvió y en definitiva, invocando razones de salud, se fue, ya sobre sus últimos, transidos, solitarios y socavados días de enfermo, de pobre, de aislado. Vivía en un pequeño departamento céntrico, escribía sobre una tabla atravesada y sostenida por los brazos de un sillón, se alumbraba con una portátil sin pantalla, rodeado de poquísimos libros, de poquísimos y malos muebles, él que había tenido palacetes como el porteño de la calle Montevideo, como el parisino de la Avenue de Villiers, casas de campo como El Charrúa, estancias como El Paraíso, castillos como el de Fontenac. Al aya que, como único ser humano, lo cuidaba, le hacía dejar abierto el cerrojo de la puerta por las noches, tal vez pensando entrañablemente en la muerte que pudiera llegarle en el sueño (como le llegó) pero superficialmente dejándole entrever e imaginar expectativas galantes, que a esa altura de su vida sólo podían venir desde el fondo de su memoria. En esas condiciones de parvedad y abandono, escribió —con una obstinación desgajada de correspondencias exteriores, con una pasión viril, sombría, ceñuda y heroica— hasta su último día íntegro de vida: el 23 de julio de 1938 (moriría el 24) empacó con destino a Ercilla un libro de ensayos que había preanunciado durante años con el título extraído de la segunda mitad de la sentencia cartesiana, *Ergo sum* y que, en ese naufragio de todas las reservas excepto la indomable del orgullo, acabó llamándose imperialmente *Ego Sum*. Tenía casi setenta años el 24 de julio de 1938 (había nacido el 30 de octubre de 1868) cuando murió; ese mismo día, frente a su edificio de apartamentos, una multitud de muchos miles de personas solicitaba al Presidente Baldomir “nueva Constitución y leyes democráticas”. La muerte de Reyles, y otro tanto ocurrió con la del gran pintor Pedro Figari, ocurrida el mismo día, pasó inadvertida en medio a la gran conmoción cívica. Se le veló en el Sodre, se le enterró con un cortejo muy

reducido. Un par de años después se le pasó el Panteón Nacional.

A esos casi setenta años, ya estaba viejo y decadente como escritor, pero —con una increíble mildad y plasticidad de lector— frecuentaba el *Ulysses* de Joyce en la versión francesa, se adentraba en las páginas de Scheler, de Husserl y de Freud. ¿quedaba, en esas pérdidas y devotas entregas, en ese bizarro estanciero feudal, insolente y protector quien había despedido unos pocos años antes, de las páginas reiterativas y nostálgicas de *El gaucho Florido*? Por fuera, nada. Seguramente ya poco dentro, en la oquedad de esos días en que la muerte lo trabajaba cuerpo a cuerpo, sin luz alguna.

¿Puedo creer que sé algo, verdaderamente, de otro Reyles? El hombre no es sino “un misérable petit tas de secrets”, dice un personaje de Malraux. También Reyles seguramente lo era.

Pero esos secretos (una hija que Suzanne Matriculó como hija de otro, un dudoso sobrino que murió por defenderlo en Estación Molles, un amigo de la edad madura que su familia le persiguió y ahuyentó) están ya poniéndose cada vez más lejanos, más desvaídos, más conjeturales, más mustios. Reyles vivió en señor prepotente y su congelada posteridad lo está pagando. Hay por ahí un arcón de recuerdos y cartas que nadie mira, papeles y papeles que el Estado no compra. Queda una familia numéricamente muy menguante, que no lo tuvo cerca por años de años e ignora o sepulta muchas cosas de él.

Carlos Reyles previsiblemente no tendrá la fortuna literaria de suscitar un Leon Edel o un George D. Painter. No es la suya una imagen que induce a tales efusiones y transferencias. Hay por ahí un manojito de probables verificaciones personales en necedoras, sobre las cuales acaso sea factible edificar la imagen de un Reyles no querido por Reyles y mucho mejor que el servido por Reyles. Pero no como hoy a nadie dispuesto a entregar muchos días de su vida a los pequeños secretos, angostos y titubeantes, de ese mal indagado Carlos Reyles.

CARLOS MARTINEZ MORENO

Montevideo, agosto de 1968.